

# E. MIRET MAGDA LENA

**S**IEMPRE me chocó que un perspicaz escritor católico como el P. Vicente Nac Nabb, O. P. dijese que el sacerdote católico no es especialmente religioso. Pienso que esto proviene —entre otras causas— de la profesionalización del clero. Empieza éste a considerar el ámbito religioso como cosa propia, y lo maneja a su gusto y para su ventaja, usándolo más que viviéndolo. Así, poco a poco y casi sin darse cuenta, el clero ha ido convirtiéndose, como decía el teólogo protestante Karl Barth, en el mago de aldea. En su mano está el poder religioso, como una fuerza que puede manejar desde fuera de su propia vida para someter a los demás.

Alguno de mis lectores pensará que este somero análisis de la actuación clerical se refiere a tiempos remotos, o, cuando más, a épocas preconciarias. Pero yo no lo creo así. Mientras el sacerdote pertenezca a un grupo social cerrado, como es el clero, salvo excepciones, todo seguirá más o menos igual. Lo que ayer era conservador hoy se hará progresista, pero al final todo estará en sus manos y pretenderá dominarlo igual que ayer lo hizo.

No voy a meter el escarpelo a un peliagudo asunto: el de la secularización del mundo actual, ese fenómeno de invasión de lo profano, pidiendo un puesto de primera fila en la consideración del hombre y apartando a la religión del lugar que tenía antes por haber invadido campos que no le correspondían. Limitaré mis observaciones al fenómeno religioso íntimo, que es la fuente de donde debe brotar todo lo que se llama religioso y está a la vista, y no hablaré de afán de dominio de sus detentadores —el clero— sobre muchas cosas de esta vida, ayer para conservar la situación social de los privilegiados y hoy para aliarse al carro de los progresistas.

El clero, demasiado preocupado siempre por lo exterior, ayer por las banderas, procesiones y congresos eucarísticos y hoy por estar en la primera plana de los periódicos de izquierdas, olvida ese núcleo del que ha de partir lo religioso, si es que lo religioso ha de ser algo positivo para el ser humano.

El punto básico de la cuestión, para saber de lo que hablamos, se resume en la pregunta: ¿qué es lo religioso?

Si acudimos a los especialistas —agnósticos y creyentes— que han investigado recientemente este asunto, se llega a una definición que engloba suficientemente los elementos básicos de este fenómeno, según se presenta en la variedad de religiones, que estudia cada vez más cuidadosamente la moderna ciencia de la Historia de las religiones. Uno de ellos, M. Murphy, dice que la característica común a todas ellas es "el sentimiento de estar penetrado o arrastrado por algo más grande". Igual que pensaron y vivieron las mayores figuras religiosas de la Humanidad, que fueron los grandes misti-

cos, y en especial los místicos católicos que se caracterizan por el aspecto dinámico de su profunda religiosidad, como fue el gran maestro Eckhart. Definición a la que se pueden añadir complementariamente, y sin perder su dinamicidad, otras como la del filósofo Spranger: "La experiencia marcada con el carácter de lo definitivo". O la de un profundo teólogo de orientación independiente, como Paul Tillich: "La referencia y preocupación por lo último". Sentimiento, experiencia, preocupación vital: esos son los términos psicológicos que pueden designar a este fenómeno de lo religioso que, ante todo, se refiere a la intimidad.

Esto es lo que olvidó el clero conservador de ayer al institucionalizar excesivamente la religión. Y lo olvida el clero progresista de hoy, frecuentemente, al hacer consistir su esencia fundamentalmente en la transformación de lo exterior.

Por más que el clero haga ensayos exterioristas, el hombre vuelve a centrar lo religioso en una fuerza íntima que le desbor-

## EL CLERO, ¿CREE EN LA RELIGIÓN?

da y no preferentemente en estructuras externas por avanzadas que sean. Lo que ocurre —y eso puede desvirtuar la realidad— es que el ser humano mezcla las cosas más dispares con el fenómeno religioso y expresa esta mercancía religiosa íntima de modos que no pueden merecer el asenso de un hombre crítico. Pero si pudiéramos hacer un esfuerzo de análisis, desapasionado y radical, encontraríamos tras la cáscara inaceptable el núcleo que gran parte del clero no sabe mantener y cultivar porque no se lo han hecho vivir en seminarios, centros de formación, conferencias, cursillos y libros.

De ahí que, para comprender esta falta, reverdezcan en países tan de tradición católica como el nuestro el yoga, el budismo zen, y, en general, toda suerte de orientalismos que —también con cáscara discutible— nos aportan esa tradición religiosa íntima que debe penetrar en nuestra vida y que en un extremo se manifiesta en la oración y en el otro en la transformación del mundo. Porque esa religiosidad auténtica está apartada de todo sentido mágico inoperante, cosa que no pueden decir las religiones establicidas por lo general.

La religión se preocupa —se debía preocupar— por lo absoluto en la vida. Y a partir de ello por "la formulación de unas concepciones generales de la existencia", llegando con ellas a "interpretar directamente las cuestiones últimas", como afirma el pro-

fesor y sociólogo de la religión Andrew M. Greeley. Pero siempre en este orden: primero la vivencia dinámica, creadora y abierta a la exigencia de absoluto que nos impulsa en la vida, y después —y sólo como instrumento a su servicio— la interpretación y formulación de esta experiencia, que puede y debe cambiar para que la vivencia dinámica primordial resulte siempre creadora y abierta a la exigencia de algo mejor para los hombres, sin exclusión de nadie.

Está, pues, lo religioso en lo vivido, y su expresión —como vemos en la mayoría de las cosas de nuestro catolicismo español— no es lo decisivo, es sólo una muestra defectuosa —como todo lo humano— que manifiesta, mejor o peor, esa importante fuerza interior que existe todavía en muchos hombres, a pesar del formalismo exterior y de la profesionalización del clero.

Pero si lo religioso es una vivencia profunda y dinámica, no se puede identificar con ideas, doctrinas, ritos y normas. La ideología, la moral y el culto deben ser ayuda al desarrollo y encauzamiento eficaz de la vivencia. Y pueden tener muy diversas formas, como pensaba el cardenal Nicolás de Cusa en el siglo XV: que hay una sola religión bajo muy diferentes ritos. Incluso pueden darse —como es el caso del budismo zen— fenómenos religiosos que no parecen una religión, porque cultivan sólo el núcleo esencial de todas ellas, y así han superado la inflación normativa y exteriorista que lleva el nombre de religión. Hay en esta religiosidad íntima una manifestación auténtica de religión muchas veces mayor que en esa religión exterior de doctrinas y ritos específicamente religiosos, siempre que no haga de uno mismo el ombligo del mundo, sino que este recogimiento sirva para expandirse vitalmente hacia los demás.

Yo me siento, en medio de la crisis y pesimismo religioso que nos invade a muchos, más optimista al mirar las diversas formas —por discutibles que sean— de manifestación religiosa que hoy surgen en el mundo. La atracción por lo religioso continúa, sobre todo, bajo las formas más diversas, flexibles y nada formalistas, que el clero apenas sabe aportar en nuestro país. Entre otras cosas porque no ha sabido nada más que ser deudor de una espiritualidad ineficaz, manifestada en la engañosa oración de ayer, y no sabe sustituirla por otra nueva espiritualidad enriquecedora del hombre, fomentadora de una oración nueva, que le haga profundizar en todo sin paralizarse en sí mismo egocéntricamente.

La conclusión parecerá un poco dura, pero es lógica: hay que terminar con el clero como grupo social y buscar "maestros" experimentados que nos enseñen a vivir la vida con profundidad, porque aquel clero que obedece sólo a la profesionalización me parece que no cree en lo religioso. ■